

Pompeyo, Bolívar pensaba en el Congreso de Bogotá, en su amigo Santander y en los periódicos de Buenos Aires, entre ellos el famoso *Argos*, que siempre lo miró con malos ojos.

El Consejo de Ministros, citado por Santander, había advertido al impetuoso libertador que *siendo dudoso a quien pertenecía el territorio del Alto Perú y terminante la ley colombiana, no debería traspasar las fronteras del Perú*.

En su carácter de Arbitro Supremo, situación que de derecho le correspondía, no le estaba permitido cortar el nudo gordiano. Mientras tanto, a la sombra de las higueras de Arequipa, guardaba el héroe ante los emisarios de la futura Bolivia, aparente o sincera hostilidad. ¿Deseaba que las provincias alto-peruanas se adhiriesen al Perú, como éste lo pretendió hasta el día de Ingavi? ¿Temía ofender a Buenos Aires, provocando, tal vez, una guerra entre pueblos emancipados por comunes esfuerzos? ¿Pensaba, acaso, en algo más grande, en derribar del trono a su solapado enemigo, don Pedro II, Borbón legítimo, joven y atrevido, según el mismo Bolívar decía?

En realidad la actitud del Libertador es en aquellos momentos la de un gran político, quien no desea exponer su prestigio, ni causar daño a la concordia americana, ni desobedecer con impulsos de Imperator las insinuaciones del Hombre de las Leyes, el que, desde su nido de águilas escudriñaba, con la clarividencia del más experto de los políticos, los horizontes de todo un mundo nuevo.

Mucho admiro la perspicacia minuciosa, el saber y las disciplinas científicas del gran polígrafo boliviano, don Gabriel René Moreno, el cual, siguiendo los senderos de una crítica sutil, descubre en Bolívar el intento preconcebido de oponerse a la separación de las provincias alto-peruanas de la pretendida hegemonía peruana. En estilo conciso, en veces áspero, que trascendía un fuerte aroma a cosas añejas, Gabriel René Moreno, moteja a Bolívar en uno de sus libros de *autócrata* y, no recuerdo, de cuántas cosas aún peores. Niégale títulos suficientes para merecer el insigne honor de que llevara su nombre la nueva república. El autor de *Ultimos días coloniales en el Alto Perú* y de tantas otras obras, en cuyas páginas brilla la observación acertada junto al dato erudito, no creía en hombres necesarios, ni siquiera admitía que en un preciso momento fuera algún mortal centro obligado de una constelación de voluntades.

La historia no discute el derecho que al supremo homenaje poseía Bolívar. La justicia que es más quisquillosa, tampoco lo pone en duda. Puede asegurarse que no sería Carlyle el autor que colocaba don Gabriel René al acostarse, debajo de la almohada.

Si ha existido un mortal que merezca honor semejante—llevar el nombre de un pueblo—ese varón ha sido Simón Bolívar. A medida que crece y evoluciona el mundo que vió al paladín en su blanco corcel sobre el escenario de los Andes, crece la figura histórica de Bolívar y se eleva el pedestal que sostiene su estatua.

El homenaje que le hizo el Alto Perú resonará al través de los tiempos. Rómulo había transmitido su nombre y su leyenda a la ciudad de las siete colinas: Alejandro, aquel guerrero semejante a un dios helénico, perduraba en los signos de la ciudad semi-griega y semi-bárbara. Sólo él, Bolívar, y Colón habían alcanzado una tan vasta consagración en el pensamiento justiciero de los hombres.

Con el correr del tiempo su efigie se elevaría sobre el dorso de los Andes, en presencia del Illampu y del Illimani, sempiternos centinelas que velarían ante las generaciones humanas por el legado de su gloria de Libertador y de eupátrida.

Cuentan que en días presagiadores de la declinación de su vida, el héroe se entretenía en analizar los sonidos de los

nombres Colombia y Bolivia, hallando más suaves y armónicas las sílabas del último.

En su retiro de Arequipa recibió de manos del Coronel Plaza, su emisario, el decreto del Congreso de las Provincias Unidas, en donde aparecía claramente que Buenos Aires renunciaba a mantener sus derechos, heredados de España, sobre el Alto Perú. El decreto era de 1822. Bolívar se resistía a creer en el generoso desprendimiento de los porteños. Mas, el hecho era evidente. La futura gran Nación Argentina procedió desde entonces de acuerdo con una norma de política internacional, la menos imperialista y la más amplia, que había de darle puesto señalado en el mundo y atraerle el respeto de todos los pueblos.

Recuerdo panorámico*

Una circunstancia feliz para mí, la de haber residido durante varios años en Bolivia como representante diplomático de mi país, hace que yo escriba ahora estas líneas de fervoroso cariño por ella, en el número extraordinario que *La Nación* dedica a conmemorar el Centenario de la Independencia de las Provincias Altoperuanas.

Seguí entonces, y he seguido después, con afecto fraternal los acontecimientos de la vida boliviana. He celebrado los progresos de Bolivia y he padecido con sus contratiempos. No olvido la hermosura de su cielo, en donde las estrellas parecen estar más cerca de nosotros; ni se borra de mi retina la impresión que me produjeron sus paisajes de un colorido exótico y de un alma estática.

Ajustas y metálicas montañas
de un azul de cobalto, donde rosas
solo vieron mis ojos; claro cielo
digno de Andalucía... almas discretas...

Admiré sus ciudades, llenas de recuerdos históricos y de leyendas de sabor heroico. Pasé bajo las arcadas vetustas de las amplias casonas de Potosí, la de los tesoros soterrados, la de templos que evocan las más suntuosas catedrales españolas. Por las estrechas callejas de aquella altísima ciudad del mundo, seguí los pasos de los personajes de *La Bella Floriana*, la más linda y pulida página que conozco, evocadora de esos tiempos medioevales y de esa embrujada y fría Potosí; de los cerros ceñudos de la encantada ciudad de las minas, descendí por entre nieve y en zig-zags estupendos, merced a la invención de los modernos motores, a la ciudad de los cuatro nombres, situada en el centro de la América, en las fuentes del Amazonas y del Plata: Charcas, la primitiva; Chuquisaca, la predilecta de los Incas; La Plata, sede de altos poderes españoles, cuna de doctos varones, peripatéticos y enciclopedistas; y Sucre, la que mereció ser la primera elegida para llevar el nombre del varón magnánimo, juez de los guerreros, dechado de gobernantes y honor de toda la raza ibérica.

Llega Bolivia al primer centenario de su independencia después de muchas vicisitudes. Pasó por la ordalia de los tiranuelos oscuros que fueron incapaces de aprender las lecciones del magnánimo. En guerra nefasta padeció desmembramientos de su territorio, y aún espera de la justicia internacional y de la inmanente de las cosas, una reparación equitativa. Desde las cumbres heladas otea como cóndor de alas rotas, los horizontes marinos.

El vasto territorio boliviano posee todos los productos de las zonas del planeta. En el maravilloso macizo de sus montañas guarda en colosal cofre de Aladino todos los metales. En sus valles paradisiacos de Sucre y Cochabamba madura y lozana la manzana, compañera de las más hermosas y pen-